

Oscuridad

SERIE *joven*

Primera edición,
Junio 2012

Copyright © Lorea García Dobarán
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-37-7

Ilustración de portada: ELENA DUDINA
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://oscuridad.mundosepicos.es>

Oscuridad

volumen I

RETORNO DESDE RANGÚN

LOREA GARCÍA DOBARAN







Para Aitor y Nagitz,
por iluminar mi
«Oscuridad».

TIEMPO ATRÁS

La historia que comenzaré a relatar a continuación tuvo lugar a mediados del siglo XX, en un país muy lejano en el que las cosas son bastante diferentes a las que estamos acostumbrados a observar, escuchar e incluso leer.

A este país se le conoce con el nombre de Oscuridad y se encuentra en... Bueno, la verdad es que nadie lo sabe exactamente. Lo que sí se sabe con absoluta certeza es que para llegar a esta tierra lejana hay que cruzar a través de dos enormes árboles que podemos encontrar en Rangún, una pequeña aldea en la que sus habitantes ignoran que están siendo observados constantemente.

Oscuridad era un país maravilloso en el que sus habitantes vivían en absoluta armonía amparados por el buen hacer de sus reyes, que con mucho esfuerzo habían conseguido construir una comunidad próspera, tranquila, pero sobre todo feliz.

Ellos fueron Ocos e Irina; Ocos era un poderoso brujo, uno de los más influyentes que había existido jamás en Oscuridad. Su poder: la persuasión. Con el tiempo fue capaz de conseguir una alianza indestructible con casi todos los habitantes de Oscuridad.

Irina, su esposa, también fue una poderosa bruja. Hubo un tiempo en el que llegaban de poblados vecinos a solicitar su consejo sobre





hierbas, ungüentos o conjuros, pero estuvo mucho tiempo dedicada en exclusiva a sus dos hijos: Maya y Urban.

Eran dos de los pequeños más traviosos que han existido jamás. Los alumbró una noche sin luna, con una tormenta poderosa; los rayos surcaban el oscuro manto del cielo con su estruendo ensordecedor, provocando unas terroríficas imágenes con el resplandor de su luz.

Fue un parto complicado, ninguno de los dos tenía la suficiente voluntad para salir del vientre de su madre. Pero al final, después de largas horas de intensos esfuerzos y gracias a la pericia de Mortina, Poderosa del Saber, ambos llegaron al mundo.

Irina quedó exhausta y por ello apenas pudo atender a sus preciosos hijos los primeros días de su nueva vida, pero tras guardar reposo y con los cuidados necesarios pronto se recuperó y pudo dedicarse a sus dos hijos, en cuerpo y alma. Todo parecía maravilloso. Los dos crecían con buena salud y fuerza. En un futuro no muy lejano iban a ser dos magos importantes.

Aunque había alguien que no lo tenía nada claro. Ella era Mortina —de sobra sabía que los alumbramientos de mellizos en noches tormentosas siempre traían tinieblas—, pero eran tiempos maravillosos y nadie quería oír hablar de malos presagios ni profecías, por lo que Mortina calló.

Contaba la historia que una Poderosa del Saber había profetizado que el vigésimo noveno día del mes de las flores del año en que el sol estuviera bajo la influencia de la Luna Negra, iba a nacer una de las hechiceras más poderosas de todos los tiempos para liberar a las dos esferas de las garras de las tinieblas.

Mortina presentía que a pesar de que quedaban todavía muchos años para que esa profecía pudiera llegar a cumplirse, tenía algo que ver con los dos pequeños que había ayudado a alumbrar, pero no sabía hasta qué punto.

Pronto lo averiguaría.

Fueron pasando los años y la vida en el castillo apenas cambiaba. Los niños siempre estaban unidos. Maya, una chiquilla risueña con ojos claros, bastante alta para su edad y con una larga cabellera del color del carbón surcada de tirabuzones, no podía resistir estar separada





de su hermano; y Urban, un pequeño con los mismos ojos claros que su hermana, azul cristalino, con el pelo liso y erizado, difícil de domar, a su vez no hacía nada sin que su hermana le acompañara. Y es que el uno era un apéndice del otro y viceversa. Crecían sanos y fuertes; con el tiempo y las enseñanzas adecuadas iban a convertirse en poderosos hechiceros.

Cuando llegaron a la adolescencia se comenzaron a detectar pequeñas diferencias entre ambos. Los dos eran traviesos y les gustaba trastear por el castillo y los alrededores, pero todos empezaron a notar que mientras Urban lo hacía todo sin malicia alguna, Maya era una chiquilla insidiosa que utilizaba todo su potencial para causar dolor. Sobre todo su preferido: el daño psicológico.

Observaron que a medida que maduraba se hacía más despiadada, hasta que llegó un momento en el que se creó una fisura en la relación de los hermanos, que terminaron por estar siempre separados.

Urban finalizó su iniciación con la edad de dieciocho años. Se había convertido, no solo en un gran hechicero, sino en un muchacho muy atractivo por el que muchas de las chicas de Oscuridad suspiraban. Pero a él no le importaban todas las muchachas, solo le importaba una en concreto, y es que durante su entrenamiento quedó prendado de Tiana, única hija de Mortina. Era considerada la curandera de criaturas más prestigiosa que existía; con simples conjuros y el don de sus manos, era capaz de sanar las peores heridas, y al igual que Urban ella también se enamoró perdidamente de él, llegando a prometerse para el resto de sus vidas.

Para entonces Maya ardía de celos. Odiaba a Tiana; no le gustaba que pudiera llegar a ser Reina de Oscuridad junto a su hermano. Y es que de sobra sabía que si sus padres no fallecían, el trono iba a pasar a su hermano Urban en el mismo momento en el que tuviera descendencia. Por supuesto ella había nacido la primera y le correspondía gobernar Oscuridad en el mismo momento en que faltaran sus padres.

Decidió que tenía que encontrar la manera de hacerse cuanto antes con el poder y para ello solo había una forma posible. Comenzó a trazar un plan. De la noche a la mañana sus padres cayeron enfermos sin saber muy bien el porqué. Ni Mortina ni tampoco Tevar, Señora





de los Acantilados y Reina de las Hadas, fueron capaces de sanar a Sus Majestades. Una mañana en la que el sol lucía triste encontraron que tanto Ocos como Irina habían abandonado para siempre Oscuridad, quedando el trono en poder de Maya.

Ese mismo día Maya destrozó el corazón de su hermano para siempre.

Estando los dos juntos, Urban se lamentaba por la muerte de sus padres y sospechaba que su hermana no tenía ningún sentimiento de pena. Le hizo pensar que tal vez su corazón estuviera completamente del lado del mal. La magia oscura parecía que había ganado su batalla por la supervivencia.

Maya lo miró con una sonrisa maligna en el rostro.

—Me da igual lo que pienses —se dirigió a su hermano con acritud—. Yo seguiré en el trono por derecho y tú lo sabes. Me da igual que nuestros padres hayan fallecido, lo merecían y punto.

—¡Pero qué estás diciendo! ¿Es que ya no tienes sentimientos? —preguntó de forma atropellada. Estaba estupefacto. Hacía mucho que no estaban juntos, pero nunca imaginó que pudiera llegar a convertirse en una persona tan despiadada como para desear la muerte de sus padres.

—Sabes tan bien como yo que no los tengo. Eres mi alma y yo la tuya. Lo mismo que yo lo sé hace tiempo, tú también detectaste mi maldad; ahora no me vengas con sorpresas —respondió riéndose.

Urban seguía reteniendo la mirada de su hermana con asombro. Decidió que lo mejor era hacerle frente.

—Muy bien, sabrás entonces que el trono no te pertenecerá para siempre —contestó irritado.

—Sí, claro. Sé perfectamente que en el momento en que tú tengas descendencia el trono, por derecho, pasará a tu poder. Aunque te advierto que ya me encargaré de que eso no suceda nunca —rió con ganas.

—¿Me estás amenazando, Maya? —la desafió.

—No, Urban, solo te advierto que el poder es mío y que así permanecerá, y que ni tú ni nadie podrá jamás apoderarse de él.

—Bien, entonces me retiro y jamás sabrás de nosotros. —Se dio la vuelta y abandonó el castillo para no volver. Quizás nunca.

De regreso a casa no pudo dejar de pensar en la conversación que acababa de mantener con su hermana. Intentó comprender qué era lo





que podían haber hecho a lo largo de su vida, tanto sus padres como él mismo, para que se convirtiera en una mujer con tanta falta de sentimientos, y no consiguió averiguarlo.

No sabía si debía culparse por no haber intentado mantener la relación con su hermana, pero tenía que reconocer que si no se hubiese separado de su lado, tal vez él también se hubiese convertido en un ser despiadado como lo era Maya.

Llegó a casa de Mortina, se sentó en la mesa del comedor y comenzó a relatarles lo sucedido. Tiana rompió a llorar. La reacción de su esposa le pareció exagerada. Maya nunca había sido del agrado de Tiana. Permaneció en silencio observando a su esposa. Entre sollozos ésta le rogó.

—No me digas esto ahora, Urban.

—¿Por qué te pones así, mujer? —No comprendía nada. Mortina cogía con cariño las manos de su hija en un intento de calmarla.

—Esperaba darte hoy una buena noticia que pudiera mitigar el dolor por la muerte de tus padres, pero veo que no va a ser así —lloró desconsolada. Urban se acercó al lado de su esposa. La sujetó del mentón y la obligó a que le mirara. Las lágrimas seguían surcándole el rostro.

Mortina tuvo que tomar la palabra para que Urban comprendiera por qué estaba Tiana tan disgustada.

—Está embarazada —le dijo al mismo tiempo que abrazaba a su hija.

Urban se quedó boquiabierto al comprender la reacción que había tenido su mujer. Al mismo tiempo quiso demostrar su alegría, pero no lo consiguió. Debían proteger el nacimiento de su nuevo hijo. Su cabeza comenzó a preparar la estrategia que iban a tener que seguir. Habló con serenidad.

—No hay tiempo que perder. Mortina, convoca la asamblea; debemos escondernos hasta que podamos solucionar esta situación. No voy a permitir que mi familia sufra ningún daño.

El matrimonio se abrazó con cariño. Mortina convocó a la asamblea y así fue cómo sacrificaron su vida para poder proteger el futuro de Oscuridad.

Consiguieron encontrar diferentes sitios en los que mantenerse alejados de Maya y pasó mucho tiempo sin que ella tuviera noticias de su hermano ni de la familia de éste. La bruja estaba feliz. Aunque



le parecía que todo era demasiado fácil, por lo que decidió prepararse para cualquier cosa. No se encontraría segura hasta no acabar con la descendencia de su hermano.

Podríamos pensar que en Oscuridad la vida era maravillosa, que lucía el sol, que corría una pequeña brisa, alguna nube surcaba el azul cristalino del cielo, los árboles bailaban al son de la maravillosa música provocada por el viento y los pájaros los acompañaban con su canto primaveral. Pero no era así. La realidad era bien distinta; nada era azul, ni maravilloso y menos aún existía la alegría y cuanto menos la música. Y es que todo era oscuro y malévol.

No existía la felicidad. Todas las personas y los seres que rodeaban el bosque cercano al castillo vivían atemorizados por la presencia de Maya. No solo la temían en Argen, la aldea más cercana a los límites del castillo, sino en toda la extensión de Oscuridad.

Tenemos que decir que Maya cada vez era más avariciosa, perseguía el poder y la soberanía por encima de todas las cosas; por ello y para ello, tiempo atrás decidió que la mejor manera de conseguir dicho propósito era a través de un prestigioso libro en el que año tras año habían acumulado en él, los Reyes, Elfos y Hadas, todos y cada uno de los seres más ruines y bajos que se pudieran encontrar en Oscuridad. Era un libro de pastas de cuero con el símbolo de la magia grabado en su lomo; poseía un número indefinido de páginas entre las cuales, mediante diferentes hechizos, eran encerrados todos aquellos seres que la alianza consideró en su momento que no eran pacíficos, ni estaban capacitados para convivir con el resto de los habitantes de Oscuridad. En el libro se podían encontrar vampiros, trolls, gigantes, basiliscos y demás seres despiadados que en el pasado habían conseguido con sus sucias artimañas desequilibrar la convivencia. Para poder sacarlos del libro en cada caso se hacía mención explícita del procedimiento, las consecuencias e incluso de las condiciones específicas a tener en cuenta en cada retorno.

De entre todos los seres que poseía el libro, sus preferidos eran los Gurl. Podían pasar desapercibidos en cualquier lugar debido a su comportamiento, pero sobre todo a su constitución. Eran sombras que se alimentaban de los miedos ajenos, adquiriendo de los mismos la fuerza



necesaria para así poder multiplicarse, y es que una vez que habían escogido a su víctima, exhibían todo su potencial con la finalidad de expresar totalmente la vida que se hallaba en su interior, pudiendo así utilizar el cuerpo para convertirlo en otro miembro de su siniestro ejército.

La verdad es que a lo largo de los años había conseguido apoderarse de un gran ejército de Gurls hambrientos y con sed de miedo.

Lo más terrorífico de los Gurl, y es por ello que le gustaran tanto a Maya, era que no se les podía controlar fácilmente y no digamos vencer, y por lo que se sabía hasta el momento a través de la documentación que existía en algún recóndito lugar, solo había una única manera de destruirlos.

Maya había conseguido mantener el control sobre los Gurl aunque tampoco le resultó fácil, ya que se necesitaba templanza para dejar la mente en blanco. Normalmente pronunciando las palabras de un sencillo conjuro era suficiente para mantener a raya su necesidad de alimentarse, pero tampoco resultaba eterno.

Estando en sus aposentos alguien aporreó la puerta con premura: —¡He dicho que no me moleste nadie! —gritó con desesperación desde el interior.

Al otro lado de la puerta un servicial vasallo esperaba que su señora no fuera muy dura con él por su interrupción. Se aclaró la voz.

—Sé, Majestad, que no desea ser molestada, pero es necesario que escuche las noticias que nos traen —le comunicó Ruma, su fiel vasallo.

Maya miró hacia la puerta con intriga. Ruma no había entrado a los aposentos y no podía ver su rostro.

—¿Noticias? ¿De qué clase? —preguntó extrañada.

Ruma suspiró aliviado.

—De su hermano, mi señora.

Maya se levantó con rapidez de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Cómo? Pronto. Traed enseguida a nuestro informador —ordenó.

—Ya le espera, mi señora; se encuentra en el salón.

—Muy bien, entonces vayamos.

Cuando estuvo totalmente preparada se dirigió hacia la puerta. Abrió y fue con determinación hacia el salón de recepciones. Ruma se





encontraba a la derecha del trono donde acostumbraba a esperar a sus invitados. Se sentó y se fijó en que frente a ellos se hallaba un duende algo asustadizo que se miraba continuamente los pies:

—¡Habla! —ordenó Maya.

El duende continuó mirándose los pies, pero consiguió juntar las palabras.

—Yo... venía... a comunicar a Su Majestad que sé dónde se encuentra su hermano y he de decirle que no está solo —contestó Ótax sin apartar la vista del suelo.

Maya se movió con brusquedad en su trono.

—¿Que no está solo? ¿Qué quieres decir? —le exigió.

—Me consta, Su Majestad, que se encuentra en la otra esfera con su mujer Tiana y con Mortina, Poderosa del Saber.

Nada más pronunciar las palabras ‘Poderosa del Saber’, Maya, llena de furia, con un rápido movimiento de las manos le lanzó un hechizo a Ótax y le provocó un feo corte en su pómulo derecho. Rió con ganas al comprobar el miedo que padecía el duende.

—Deberías de saber que en este castillo está prohibido llamar a Mortina Poderosa del Saber —le informó con aversión—. La única Poderosa del Saber soy yo. De todas formas no sé qué tiene de malo que se encuentren en la otra esfera. Por todos es sabido que permanecen escondidos como ratas. —El duende se atrevió a mirar a Maya y la interrumpió aunque con el miedo atenazándole los músculos.

—Mi señora, ellos tienen bajo su mismo techo a una muchacha.

Maya se incorporó. Fue acercándose poco a poco hacia donde se encontraba el duende. Éste intentó dar unos pasos hacia atrás para separarse de la bruja, pero no le fue posible. Algo o alguien se lo impedían.

—¿¿Cómo dices?! —estalló—. Tienen a una muchacha. ¿Qué significa eso? —Estaba perpleja y cada vez se oía más fuerte su voz.

Ótax se aclaró la garganta.

—Según lo que he podido averiguar la muchacha en cuestión es su hija —consiguió explicar.

Maya se giró y se dirigió lentamente hacia su trono. Se sentó con lentitud.





—Imposible, no puede ser cierto —repetía incrédula una y otra vez. Ruma muy sutilmente le aconsejó a Ótax que se retirara y él se dirigió a Maya.

—Señora, debemos comenzar con la movilización lo antes posible.

—Sí, en efecto, tienes razón, debemos comenzar. Llama a todos. Que acudan al castillo. Ha llegado el momento.

—Inmediatamente, señora.

Ruma notificó a todos los pertenecientes al círculo que debían reunirse con Maya para llevar a cabo los planes cuanto antes.

Su particular reunión había dado comienzo.



INTUICIÓN

Una mujer descansaba cuerpo y mente sentada en una mecedora en el porche de su vivienda. Era una mujer que por su apariencia bien podría pasar por tener unos sesenta años, pero lo cierto era que contaba con muchos más.

Sus cabellos, aún rubios, siempre los llevaba recogidos en un tocado. Sus ojos eran del color de la noche y en esos momentos asomaba en ellos un brillo de añoranza. Ella era Mortina, Poderosa del Saber, y estaba preocupada. Hacía días que su hija y su esposo habían partido hacia Oscuridad con el fin de llegar cuanto antes hasta las Llanuras de Bilera. Les había llegado un mensaje urgente de que Tevar, Señora de los Acanuilados y Reina de las Hadas, requería ayuda de Tiana, hija de Mortina y Curandera de criaturas, y por supuesto también de Urban, Gran Hechicero y Rey de los Mundos. La cuestión era que tras una vigilancia cerca del claro que unía ambos mundos, la habían atacado con magia oscura y en esos momentos se encontraba inconsciente y gravemente enferma.

En un principio, Mortina pensó que podía ser simple coincidencia, pero a medida que pasaban los días, iba cogiendo forma en su mente el hecho de que todas las sospechas que tenía con respecto a los últimos acontecimientos tal vez fueran obra de alguna de las sucias artimañas que acostumbraba Maya.



Solo deseaba no tener razón por una vez, pero la experiencia le decía que siempre que aparecían sospechas por los acontecimientos que suceden —y que muchas veces no queremos ver— realmente nos están indicando una y otra vez que tenemos que pararnos a escuchar. Por ese motivo Mortina estaba tan preocupada.

Todo empezó una mañana soleada cuando se dirigía al mercado desde casa, para poder comprar ciertos ingredientes que hacían falta para poder completar un ungüento que le estaban suministrando a Rasta, el herrero de la aldea, que recientemente se había quemado forjando un escudo que le habían encargado de tierras lejanas.

Al poco de salir de casa, tuvo el impulso de regresar para coger su hoz. Necesitaba que se la afilasen; era importante que estuviera en perfectas condiciones para realizar la recolecta de flores y hierbas lo más rápido, ágil y menos dolorosamente posible si quería que sus pociones curativas fueran poderosas.

De repente entre las dos casas por las que tenía que cruzar para dirigirse al mercado le pareció ver un destello.

¡No podía ser! Tenía que ser algún espejo, o también podría ser alguna ventana que con el reflejo del sol había engañado a su vista.

Sí, tenía que ser eso, no podía ser un Gurl; se suponía que estaban vigilando la entrada, y en el caso de que la hubiera traspasado... ¿qué se suponía que hacía allí?

A pesar de intentar convencerse de que solo era su imaginación, Mortina no se quedó muy tranquila. Estaba demasiado acostumbrada a sus sentidos como para pensar que solo había sido un efecto óptico, sin embargo se obligó a no pensar en ello. No convenía en estos momentos. Ahora que la jovencita se hacía mayor debían mantener la calma, no querían que sospechara y se asustara.

Decidió que no le iba a dar importancia; tal vez solo había sido una ilusión provocada por la tensión que soportaban desde hacía algún tiempo. Quizás tendría que ir pensando en buscar sucesora, tenía la sensación de que se estaba haciendo demasiado vieja.

Sumergida en sus pensamientos, llegó al mercado sin apenas darse cuenta de que se había pasado el puesto de Porto. Retrocedió y le buscó, pero en cuanto llegó a su puesto vio a un joven que evidentemente





no era Porto, y por lo que sabía hasta la fecha, tampoco podía ser su hijo puesto que no tenía.

¿Quién era entonces? Mortina empezó a ponerse nerviosa y decidió que ya volvería en otro momento. Se dirigió a casa a toda prisa con el fin de poner su cabeza en orden cuanto antes, pero sobre todo para poder consultar los laberintos del saber. Algo no iba bien. No iba nada bien. Las dos esferas se encontraban en grave peligro.

Llegó a casa exhausta y allí estaban Urban y Tiana esperándola con impaciencia.

Tiana se acercó con rapidez hasta su madre y la cogió de las manos.

—Madre, tenemos que partir con premura —le comunicó.

Mortina los miró a ambos; la preocupación surcaba sus rostros.

—¿Qué ha ocurrido? Algo va mal, ¿verdad? —preguntó impaciente.

Urban fue el que tomó la palabra.

—Parece ser que sí, se trata de Tevar; requieren nuestra presencia con urgencia —explicó—. Debemos partir inmediatamente.

—¿Cómo? Un momento. Algo no va bien. —Se sentó en una de las sillas en las que habitualmente se sentaban para disfrutar de la comida en familia. Puso el rostro entre sus manos y movió negativamente la cabeza. Tiana supo que algo la preocupaba; se acercó a su madre y sentándose a su lado, preguntó con dulzura.

—¿Qué ocurre, madre? ¿Qué es lo que has visto? —La observaba con desconcierto. Mortina alzó el rostro.

—No he visto nada importante, más bien es lo que no he visto. Las cosas cotidianas están cambiando, y algo me dice que no debéis partir.

—Mortina, ¿de qué estás hablando? —la interrumpió Urban—. Se trata de Tevar, debemos acudir. No tenemos tiempo que perder. Se encuentra grave, algo le ha ocurrido durante la guardia y requiere nuestra ayuda.

Pero Mortina seguía sin estar convencida.

—Algo no marcha bien. Tengo la sensación de que es una trampa. Dejarme al menos que consulte los laberintos —murmuró con desaliento.

—No, madre. Ya has escuchado a Urban y debemos partir cuanto antes. —Tiana estaba entristecida. Le dolía ver así a su madre, pero tenía





que reconocer que en ocasiones no quedaba más remedio que llevarle la contraria pese a que pudiera llegar a tener razón.

—Sí, tenéis razón, debéis partir cuanto antes —reconoció finalmente—. Creo que estoy empezando a envejecer demasiado rápido y mis sentidos ya no son lo que eran.

—¡No digas eso, Mortina! —discrepó Urban—. Tus sentidos siempre han estado y estarán en el lugar correcto, lo que ocurre es que cada vez llevamos más presión sobre nuestras espaldas. Se acerca el día de la lucha por el retorno a nuestro lugar y eso nos tiene un tanto nerviosos.

—Madre, no quiero que te preocupes. —Se acercó a ella y estrechándola continuó hablando—. Volveremos en cuanto comprobemos cómo evoluciona y entonces definitivamente le contaremos a Nailo todo lo que respecta a Oscuridad y a su situación. Ahora no os preocupéis, cuidaos. Dile a Nailo que volveremos pronto y que la queremos.

—Muy bien, hijos míos, partid —contestó Mortina, nerviosa.

Salieron con premura por la puerta de casa; para entonces las inquietudes de Mortina no habían desaparecido, pero al menos se quedó tranquila pensando que pasara lo que pasara, Nailo siempre tendría alguien con quien aprender.

Desde ese mismo día en el que partieron nadie fue hasta la casa de Mortina para ponerla al corriente sobre lo ocurrido con Tevar y mucho menos sobre el paradero de Urban y Tiana. Cada día que pasaba sin noticias, un nudo se agrandaba en el corazón de ambas.

Nailo lo estaba pasando especialmente mal. Nunca se había separado tanto tiempo de sus padres, y cuando lo hacía siempre tenía noticias todos los días de alguna manera.

Ella era una adolescente de dieciocho años. Tenía una larga cabellera rubia con unos rizos espectaculares, una figura esbelta y bien definida, y unos preciosos y vivarachos ojos marrones; en definitiva, era una muchacha realmente hermosa. A pesar de su natural belleza ella no se sentía así, por lo que acostumbraba a ir con el pelo recogido en un moño, siempre vestida de manera informal, sin darle ninguna importancia a su apariencia.

No era como las demás chicas de su aldea que procuraban tener lo mejor y más bonito para poder destacar sobre los demás. Nailo nunca





le había dado esa importancia a la apariencia y por eso siempre había sido objeto de críticas y comentarios despectivos. Básicamente lo hacían por envidia y por algo de miedo también.

Después de haber permanecido largo rato sumida en sus pensamientos, Mortina decidió entrar en casa para avisar a su nieta de que tenía la intención de ir al mercado pronto para comprar aquellos ingredientes que días antes no tuvo ocasión de comprar.

Se dirigió a la habitación de Nailo y llamó a la puerta. Desde el interior la muchacha la invitó a que entrara.

—Pasa, abuela, estoy despierta —le contestó.

—Buenos días, cariño, hoy has madrugado —saludó sonriente. Nailo ya se estaba preparando.

—Sí, quería dar un paseo y dirigirme más tarde al río —contestó mientras miraba por la ventana de su habitación. No era una mañana muy soleada, pero eran sus preferidas. Los árboles bailaban, los pájaros se refrescaban y las flores esparcían su aroma por el prado que había frente a la casa. Eran los días que aprovechaba para pasear y disfrutar de la agradable temperatura. Su abuela la sacó de sus pensamientos.

—Muy bien, yo voy a la aldea a coger unos ingredientes que nos hacen falta. ¿Tal vez quieras acompañarme? —le ofreció.

Se giró hasta tener de frente a Mortina y sonrió con ganas. Le apetecía mucho ir con ella.

—Pues la verdad es que me parece una gran idea, así puedo comprar algunas cosas para mí también.

—Vamos a desayunar entonces y luego partimos a la aldea.

—Ahora bajo, abuela; dame unos minutos más, por favor.

—Claro, cariño, por supuesto. —Cerró la puerta una vez que hubo salido de la habitación.

Bajó a la cocina y se afanó con el desayuno. Mientras tanto Nailo revisó sus pertenencias para comprobar los materiales que necesitaba comprar para hacer una de las cosas que más le gustaba: confeccionar brazaletes, pendientes, collares... y todo tipo de adornos realizados con cuentas y abalorios.

Desarrolló esa afición hacía mucho tiempo, cuando contempló un libro que tenía su padre en casa.





Era un libro de fantasía, y en él aparecían un montón de seres diferentes: Hadas, Duendes, Silfos, Enanos... Sus preferidos eran las Hadas y en ese libro descubrió que siempre llevaban todo tipo de adornos con abalorios y cuentas, y entonces pensó que le encantaría intentar elaborar los suyos propios.

En el mercado había podido observar en numerosas ocasiones que se vendían todos los materiales necesarios para confeccionarlos y un día decidió probar.

Para su sorpresa, comprobó que era un trabajo que no se le daba nada mal y en poco tiempo tuvo una cantidad considerable de colgantes.

Algunos —los más bonitos— se los regaló a su madre y a su abuela. También confeccionó un brazalete para su padre con lo que pronto comprobó que les encantaban, no solo a ellos, pues en el pueblo mostraron interés por los mismos. Así que sin decir quién era el artífice de esas joyas fue dejando pequeñas cantidades en el puesto de Porto —quien gustoso se había ofrecido para ayudar— para que las fuera vendiendo.

Mientras revisaba los materiales, le llegó el maravilloso olor de los huevos fritos y las salchichas y en ese mismo momento se dio cuenta de que tenía un hambre terrible.

Bajó a todo correr hasta la cocina y ayudó a su abuela a terminar de preparar el desayuno. Había huevos, salchichas, pan tostado, confitura de mora —su preferida— y también leche fresca, un desayuno como los que a ella le gustaban.

Se sentaron juntas a la mesa y entonces Nailo carraspeó:

—Esto... ¿abuela?

—No, cielo, aún no han llegado noticias. —Ya sabía lo que quería preguntar antes de que lo hiciera. Ella también estaba preocupada, por supuesto—. Pero no te preocupes, pronto volverán y seguro que tienen alguna razón para no habernos enviado noticias. —Mortina intentó aparentar tranquilidad.

Debido a los acontecimientos y a su estado de ánimo, Mortina se debatía entre contarle o no a su nieta el gran secreto que guardaba, pero tal vez todavía era demasiado pronto; no podía echar a perder toda la labor de protección que habían mantenido durante tantos años.





Esperaría unos días más y entonces si seguían sin noticias optaría por contarle todo, porque ya no quedaría más tiempo que perder.

Todo tendría que ser de otra manera aunque solo deseaba que sus miedos no se convirtieran en realidad.

Hubo una época en la que no tenían que huir ni esconderse, pero de eso ya hacía mucho tiempo. No les quedó otro remedio que esconderse para poder proteger a Nailo hasta que tuviera la edad para poder recibir su entrenamiento de conversión y así poder derrocar a las fuerzas oscuras que habitaban en Oscuridad.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que apenas se dio cuenta de que Nailo le hablaba:

—Abuela, abuela, ¿qué te pasa? ¿Es que no me oyes? —le preguntó con gesto de preocupación.

—¡Oh! Lo siento, estaba distraída. —Había dejado que los pensamientos la transportaran—. Perdóname, hija. ¿Qué me decías?

—Decía que podemos partir si lo deseas; he recogido la mesa, así que si no tienes nada que hacer lo mejor es que nos vayamos. Me gustaría ir luego a la orilla del río en cuanto volvamos, hasta la hora de comer. Si no te importa, claro.

—Claro, claro, vayamos y así volveremos antes. —Salieron al exterior de la casa. Mortina había preparado el carro; montaron sobre él y se dirigieron a la aldea.

Le encantaba ir al pueblo, no solo porque disfrutaba de la compañía de su abuela, sino porque adoraba ir al mercado.

Toda esa mezcla de olores: incienso, lavanda, rosas, orquídeas, té, fresas, melocotón e incluso el fuerte olor a cuero le encantaba, le transmitía recuerdos de muchos momentos agradables de su corta existencia.

A pesar de todo y por encima de todas las cosas, por lo que siempre quería ir al mercado era por él.

Él, con su pelo castaño informal, sus ojos de un color tan intenso que hipnotizaban con solo mirarlos, su esbelta y escultural figura, pero sobre todo, lo que más le gustaba a Nailo eran sus manos. Tenía unas magníficas manos, firmes, de dedos largos, y ágiles, y a la vez delicadas; no eran rudas ni callosas como las de los labradores, eran finas y suaves como las de un escultor o un pintor. Eran las manos perfectas para





trabajos delicados. Trabajos como la confección de adornos como los que Nailo realizaba con tanta maña.

Él era Ikú, y es que Ikú era el hijo de Mona, la mujer a la que Nailo le compraba sus cuentas y abalorios.

Ikú, a pesar de tener delicadas manos, era un luchador nato y tenía un manejo de la espada excepcional, pero donde era más diestro era en el tiro con arco. No fallaba nunca, tenía una puntería de la que podría alardear.

Nailo se conformaba solo con mirarlo y ver cómo desempeñaba sus funciones de tendero, y mientras lo hacía, soñaba. Soñaba que él se fijaba por fin en ella, que la besaba, que la abrazaba, que se preocupaba por su persona, que le transmitía tranquilidad; pero simplemente soñaba, porque pensaba que jamás se fijaría en una simple muchacha cuya única labor era realizar simples adornos de abalorios.

Sin apenas darse cuenta ya habían llegado a la aldea y sin apenas tiempo siquiera de bajarse alguien comenzó a llamarla:

—¡Nailo! ¡Hola! —gritaba Milena desde el gentío. Era una muchacha de la misma edad de Nailo. Se acercaba hacia ellas corriendo. Era morena y siempre llevaba el pelo suelto, muy erizado y despeinado, lo que le daba la apariencia de duendecillo travieso. Tenía los ojos oscuros y rasgados y siempre estaba sonriendo. Ella era la única y gran amiga de Nailo.

—¡Hola, Milena! —la saludaron Mortina y Nailo al mismo tiempo.

Al bajar del carro ya las había alcanzado y se dirigió a donde estaba Mortina y tras darle un beso la saludó.

—¡Buenos días, abuela! —Y es que Milena le tenía tanto cariño a Nailo y a su familia que las consideraba parte de la suya propia.

—¿A qué se debe este estado de ánimo? —le preguntó Nailo dándole un cariñoso abrazo.

—Simplemente me alegro de veros —admitió muy sonriente—. Llevaba días sin veros y os echaba de menos.

—Nosotras nos alegramos también —dijo Mortina entre risas. De sobra sabían que le había pasado algo interesante y que lo único que deseaba era contarlo, puesto que el día anterior había estado en casa.

—Muy bien, Milena —rió Nailo con ganas—. Sabemos que nos quieres contar algo, así que no esperes más —la animó.





—¡Vaya! Hay que ver cómo me conocéis, a veces pienso que no pertenecéis a este mundo —aseguró Milena.

—No, Milena, simplemente eres muy predecible —intervino Mortina, pero a su vez le hubiera encantado poder decirle cuánta razón tenía.

Entonces Milena se soltó y comenzó a hablar con entusiasmo. Un entusiasmo provocado por la alegría que sentía por todo el cuerpo.

—¡Estoy eufórica! ¡Esto es increíble! Llevaba tanto tiempo esperando este momento que cuando ha llegado no podía creerlo.

—¿No me digas que has recibido contestación del Maestro? —Al mismo tiempo que Nailo lo preguntaba, Milena asentía con la cabeza.

Al igual que Nailo, Milena tenía su propia afición. Llevaba mucho más tiempo desarrollándola y era toda una artista.

Milena realizaba los trabajos de grabado más elaborados jamás conocidos. Tenía unas manos que eran capaces de realizar dibujos y formas impensables para otros maestros con muchos años de experiencia.

Hacía meses había enviado a uno de los maestros más famosos de todos los tiempos una solicitud para que la recibiera en su estudio con el propósito de que la enseñara a perfeccionar las artes del grabado y tras una larga espera parecía que por fin había recibido respuesta.

—Pues sí. ¡Me invita a su estudio! Me indica que valorará si soy apta para ser su pupila y una vez tomada la decisión me indicará el procedimiento a seguir para ser su alumna —les contó Milena.

—¡Me alegro mucho por ti, Milena! —le aseguró Nailo dándole un fuerte abrazo—. ¿Cuándo debes partir?

—El jueves, así el Maestro me recibirá el sábado por la mañana —respondió—. Es un día y medio de viaje a caballo.

—¿Tan pronto? —preguntó Nailo entristecida. Se alegraba mucho por su amiga, pero la idea de que fuera a dejarla sola no le apetecía mucho. Sabía que la iba a echar de menos. Más ahora que sus padres también faltaban.

—Sí, lo siento, sé que no es el momento oportuno; tal vez debiera posponerlo para otro momento —se lamentó Milena mirando fijamente a Nailo.

—No digas tonterías —respondió—. De sobra sabes que solo recibe en una única ocasión; el Maestro Burn nunca da segundas oportunidades.





—Pero Nailo, es un mal momento para que yo me vaya, ahora me necesitas a tu lado.

—Sí, pero también llevamos esperando esto mucho tiempo y ahora que ha llegado no se puede desaprovechar.

Mortina las escuchaba como una simple espectadora, pero decidió intervenir.

—Milena, Nailo te necesitará, pero en ocasiones hay que dejar a un lado los sentimientos y realizar nuestros propósitos en el momento en el que tengamos la oportunidad y nunca posponerlos. Si dejas pasar esta oportunidad nunca tendrás la forma de saber si hubiera sido tu vida de otra manera, y la verdad, se vive de ilusiones y no con lamentaciones —le aconsejó Mortina.

—Gracias a las dos de corazón por apoyarme —dijo entre lágrimas Milena.

Nailo agarró a su amiga por la cintura para que la siguiera intentando restar importancia a la tristeza que se iba a apoderar de ella cuando tuviera que dejar marchar a su amiga.

—Vamos a comprar mis cuentas, Milena. Necesito bolas celestes. —Se giraron hacia la abuela despidiéndose con la mano en alto.

—¡Nos vemos más tarde, abuela! —gritaron las dos entre el gentío, para después desaparecer sin más tiempo que perder, entre risas, para ver una vez más a Ikú.

A medida que se acercaban observaron que allí estaba, ordenando el puesto y reponiendo materiales. Milena le susurró al oído.

—Te tienes que decidir y decirle algo.

Nailo la miró sorprendida.

—¿Pero qué dices? Estás loca, me muero de vergüenza. Además, ¿qué quieres que le diga?

—Pues mira, con un “Hola” a veces es suficiente, pero es que Nailo, no le miras ni siquiera a la cara.

—Para ti es fácil decirlo —le recriminó Nailo.

—De verdad que para algunas cosas eres... —Y riéndose se pusieron a observar los abalorios.

Para cuando llegaron al puesto, Ikú había desaparecido; le habían perdido la pista, así que se pusieron a coger sus abalorios. De pronto





alguien habló a sus espaldas provocando que las muchachas se sobresaltaran.

—Hola, Nailo —saludó Ikú.

Ambas se giraron. Al instante Nailo se sonrojó y le contestó tartamudeando ligeramente.

—Eh, hola, Ikú.

—Buenos días, Milena —la saludó sin apenas mirarla, y es que apenas podía retirar la vista de Nailo.

—Hola, Ikú —repitió Milena entre risas. Acababan de hablar sobre tomar decisiones y mira por dónde era el chico el que la había tomado antes.

—Vienes a por cuentas celestes, ¿verdad? —preguntó Ikú.

—¿Pero tú cómo lo sabes? —Nailo no salía de su asombro. Primero se dirigió a ella como si conversaran todos los días y ahora también sabía las cuentas que necesitaba.

—Llevas mucho tiempo sin comprarlas y últimamente en el puesto de Porto abundan pulseras de ese color —contestó Ikú sonriendo.

Nailo miró en la dirección de Milena; estaba avergonzada, pero Milena la invitó a que continuara hablando con él. Era su oportunidad.

—Pues sí, la verdad es que necesito cuentas celestes. ¡Ah! Aquí las tienes. —Pagó y ruborizada decidió que lo mejor era marcharse de allí cuanto antes, no quería que se le notara lo que sentía. Según se estaba girando para coger a su amiga y obligarla a irse juntas, el chico volvió a hablar.

—Gracias por venir —se despidió Ikú.

—De nada —contestó Nailo en un susurro, tras lo cual se dio la vuelta y ambas se marcharon.

Cuando estuvieron lo suficientemente alejadas como para que no las escuchara, Milena la obligó a pararse.

—¡Pero bueno, chica! ¿A ti qué te pasa? —preguntó irritada.

Nailo contestó sin apartar la vista del puesto de abalorios.

—A mí nada; no sé por qué me lo preguntas.

—De verdad, llevas un montón de tiempo esperando este momento y lo único que sabes decir es: “Pues sí, la verdad es que necesito cuentas celestes” —repitió imitando perfectamente su tono de voz.





—¿Qué querías que dijese? —preguntó con irritación. La conocía lo suficiente como para saber que no era capaz de articular palabra frente a Ikú.

—No sé, haber hecho como la presumida de Celeste. Tenías que haber desplegado todos tus encantos. —Y comenzó a contonearse y a tocarse el pelo de la forma más absurda posible.

—Deja de comportarte como una chica boba —dijo Nailo entre risas.

—Sí, como una chica boba, pero tengo razón.

—Vale, de acuerdo. Ya sé que no ha sido la mejor conversación que haya podido mantener con él, pero ya sabes que me cuesta hablar cuando está cerca.

—Pues algún día tendrás que espabilar o para cuando te des cuenta te lo habrá quitado alguna otra que no se acobarde al mirarle.

—Como si se fuera a fijar en mí... —despotricó como una niña pequeña.

Milena se puso seria. Muchas habían sido las ocasiones en las que habían mantenido esa conversación. Nailo acostumbraba a no ser razonable en cuanto a su aspecto físico y Milena intentaba que no fuera tan negativa, pero nunca conseguía su propósito. Ella continuaba pensando que Ikú jamás se fijaría en ella, que solo la saludaba por educación. Ojalá pudiera ver las cosas desde su punto de vista para darse cuenta de lo equivocada que estaba.

—No sabes eso, Nailo, te lo he dicho muchas veces. Además, ya has oído a la abuela Mortina: “Se vive de ilusiones, no de lamentaciones”.

Continuaron andando hasta que se reencontraron con Mortina. Una vez se unieron a ella les preguntó:

—¿Ya habéis comprado lo que necesitabais?

—Sí —contestó Nailo—, podemos partir si quieres.

—Muy bien, entonces vamos, ¿vienes, Milena? —Se estaban subiendo al carro para marcharse.

—No, gracias, me quedo. Tengo que ayudar a mi madre y empezar a preparar el viaje. Nos vemos más tarde, ¿vale? —se despidieron.

Emprendieron el camino a casa y nada más llegar, Nailo cogió su caja de abalorios y tras darle un beso a su abuela se marchó al río, a su pequeño paraíso.





—No vengas muy tarde, ya sabes que no me gusta —le gritó Mortina desde la puerta.

—No te preocupes, abuela. —Para cuando se quiso dar cuenta Mortina, Nailo ya había desaparecido de su vista.

Mortina seguía inquieta, quizás en esos momentos más que nunca al verla partir de camino al río. Algo le decía que iba a ser su última escapada.

